

**Los ciclos naturales en el *Libro de Buen Amor*, el *Libro de Alexandre* y textos posteriores desde la semántica cognitiva. Imágenes, experiencias, “enciclopedia”**

Sofía M. Carrizo Rueda  
Pontificia Universidad Católica Argentina  
CONICET  
Academia Argentina de Letras

Desde fines del siglo XX, una renovación sumamente significativa de los procedimientos para el análisis del discurso, proviene de las investigaciones de la lingüística cognitiva y, particularmente, de la semántica cognitiva. Por ello, a modo de introducción, recorreremos una síntesis muy resumida de ciertos hitos teóricos, para trazar las coordenadas sobre las que desarrollaremos nuestra propuesta.

Frente al modelo de una lingüística autónoma —estructural o generativa—, aceptado por la mayoría de la comunidad científica, entre finales de los 70 y principios de los 80, hubo investigadores que formularon postulados diferentes y que preludiaban lo que sería la lingüística cognitiva. Señala Javier Valenzuela (2012: 42):

Según estos autores, los acercamientos formales no eran los más adecuados para capturar el significado que se encuentra en el lenguaje natural. De esta manera, fue surgiendo un nuevo modelo de procesamiento semántico que tomaba inspiración en otras ciencias cognitivas, especialmente de la psicología cognitiva [...] o de la psicología de la *Gestalt*.

Se considera que una obra fundacional es *Women, Fire and Dangerous Things*, de George Lakoff (1987), quien desarrolla una serie de criterios definatorios de lo que constituiría el campo de la semántica cognitiva. Resumiremos ciertos principios que son compartidos por los distintos autores, no con el propósito de ingresar en el complejo y vastísimo campo de las investigaciones de la semántica cognitiva, sino con el fin práctico de exponer parámetros teóricos que resultan básicos para nuestra propuesta de análisis<sup>1</sup>.

Otro estudio fundacional que contribuyó, significativamente, al desarrollo de la teoría es *The body in the mind*, de Mark Johnson (1987), quien sostiene que no es posible entender la estructura de nuestro aparato conceptual sin tomar en consideración cuál es su sustrato físico, social y cultural. Los conceptos centrales que desarrolla se encaminan a demostrar que nuestras

---

<sup>1</sup> Advierte Valenzuela (2012: 44): “Al igual que sucede con la Lingüística Cognitiva [...] también la Semántica Cognitiva, más que una teoría homogénea y unificada, puede ser considerada como un acercamiento al lenguaje y la cognición que engloba distintos autores con distintos intereses y campos de estudio, [pero] que comparten, eso sí, una serie de principios de base sobre el funcionamiento del lenguaje y la cognición”.

ideas y conceptos están influidos y conformados por la estructura de nuestros cuerpos y nuestras experiencias del mundo que nos rodea. La lingüística cognitiva produjo así un giro de 180° respecto a la autónoma, al postular que las estructuras que constituyen nuestros sistemas conceptuales están directamente relacionadas con tempranas experiencias corpóreas. Es lo que en inglés se denomina *embodiment*, traducido por algunos autores como “corporeización” del lenguaje. Desde esta perspectiva, se trata de estructuras basadas en experiencias de los sentidos y del movimiento físico, así como en percepciones, contactos sociales y conocimientos del mundo exterior que son más o menos comunes a todos los hablantes; aunque sin dejar de tomar en cuenta las influencias de cada contexto cultural y de su “enciclopedia” (Valenzuela 2012: 44-48). En consecuencia, el significado se postula como procedente de una interrelación entre los sesgos biológicos y cognitivos de los sujetos: de la corporeidad de éstos y de sus cruces con aspectos que van más allá del lenguaje, como psicológicos, antropológicos y sociológicos.

En este marco teórico, Johnson elaboró un concepto central de la lingüística cognitiva: los “esquemas de imagen”, como base de la cognición. Señala Sandra Peña Cervel que, dadas las diferentes definiciones propuestas para dichos esquemas, lo pertinente es trabajar con una serie de rasgos aceptados por un significativo número de lingüistas. Propone, entonces, una definición que, de hecho, es la más utilizada en lingüística cognitiva: “Es un patrón dinámico recurrente de nuestras interacciones perceptuales y nuestros patrones motores, que proporciona estructura coherente y significativa a nuestra experiencia física a un nivel preconceptual (Peña Cervel 2012: 69-70)”.

Peña Cervel se detiene en ejemplos extraídos de un listado elaborado por Johnson<sup>2</sup>, dentro del que nos interesa, singularmente, para nuestros propósitos, “el ciclo”. La descripción que realiza la autora de este “esquema de imagen”, implica determinados elementos que nos resultarán rentables para el tema que deseamos desarrollar. Según Peña Cervel:

El esquema de imagen de CICLO se deriva de nuestra experiencia vital, por la cual, la naturaleza se rige por una serie de ciclos (por ejemplo, la primavera, el verano, el otoño, el invierno, el día y la noche, etc.) Un ciclo se puede interpretar como un camino circular en el que confluyen el punto de partida y el de destino. Su lógica interna estipula que una entidad [...] habrá de pasar por cada uno de los puntos intermedios de dicha trayectoria. (2012: 83-84)

Por razones de espacio, no podemos continuar desarrollando estos conceptos, pero confiamos en que esta apretadísima síntesis de principios básicos permitirá exponer nuestra propuesta. Consiste en dar cuenta de que las representaciones de una serie de experiencias

---

<sup>2</sup> Entre otros “esquemas de imagen”, figuran “el recipiente”, “el camino”, “el vínculo”, “la parte y el todo”, “el centro y la periferia” (Peña Cervel 2012: 75-85).

relacionadas con los ciclos estacionales, son analizables no solo, como es habitual, desde una perspectiva histórica —es decir, a través de descripciones de vivencias propias de determinadas coordenadas espacio-temporales—, sino, también, desde otra ahistórica, la cual se manifiesta en referencias que, precisamente, están más allá de dichas coordenadas. Estas no han sido consideradas para un estudio orgánico de las funciones discursivas de las representaciones en cuestión. He dedicado varios estudios a la línea histórica y he comenzado a trabajar sobre la ahistórica porque he encontrado una herramienta apta en la semántica cognitiva. Por lo tanto, esta ponencia es un avance y me ceñiré a presentar ejemplos significativos, a mi juicio, de la línea ahistórica. Pero antes, resumiré cinco casos que he estudiado de la línea histórica porque demuestran una persistencia milenaria, una capacidad de mutación y una intervención de experiencias de los hablantes que justifican la indagación del desarrollo paralelo de una perspectiva ahistórica.

Ya en el Calendario de Bizancio de 354, cada mes está representado por un campesino que realiza una tarea agrícola. Pero los precedentes se remontan, por lo menos, a poemas del Siglo de Augusto, y es sabido que, durante la Edad Media, serán cada vez más frecuentes estos motivos en descripciones escritas, frescos como los de San Isidoro de León, decoraciones esculpidas en piedra, etc. (Lecoy 1974: 274-280; Castiñeiras 1996).

En la literatura medieval hispánica, se destacan, indudablemente, las alegorías de los meses que figuran en el *Libro de Alexandre (Alexandre)* y el *Libro de Buen Amor (LBA)*. Pero, a lo largo de ambos textos, aparecen, asimismo, otras breves referencias que, al igual que en los fragmentos alegóricos, describen trabajos, costumbres, sensaciones y sentimientos que se consideran relacionados con los ciclos estacionales y cada uno de los meses<sup>3</sup>. Me he ocupado de estos aspectos en el *LBA* (Carrizo Rueda 2001: 163-172) y en el *Alexandre* (Carrizo Rueda 2018: 156-160) y, además, he confrontado sus diferencias y coincidencias (Carrizo Rueda 2018: 160-161). Respecto a estas últimas, mis conclusiones son que los dos *Libros* se ocupan de dar cuenta de una percepción espacializada del tiempo<sup>4</sup>, la cual se relacionaba en sus contextos, con las vivencias del gran ciclo anual, como el transcurso indefectible del tiempo, la reiteración de los cambios mensuales y estacionales y las experiencias que atravesaban, periódicamente, los cuerpos de las criaturas, desde las tareas que les permitían sobrevivir hasta el renacer primaveral del instinto de reproducción. Pero, además, el ciclo natural estaba

---

<sup>3</sup> Constituyen los “puntos intermedios”, según la citada definición de Peña Cervel.

<sup>4</sup> Las referencias de ambos textos al transcurso temporal recuerdan la advertencia de Paul Zumthor respecto a que en la sociedad medieval, “el tiempo se concebía, en primer lugar y de manera espontánea, de forma espacial (1989: 231).

incardinado en la dimensión sobrenatural que constitúan sus creencias —como lo ilustran las coincidencias del ciclo cultural de Semana Santa con el del cambio estacional en el *LBA* y las referencias al Génesis incluidas en las alegorías anuales del *Alexandre*—, en un concierto cósmico material y espiritual que, a mi juicio, pauta la trama de los relatos (Carrizo Rueda 2018:159-161).

Aunque en el siglo XVI, decae la frecuencia de los motivos alegóricos de los meses, no se puede decir que son olvidados porque, en un cruce de mutaciones y nuevos contextos, reaparecen en ocasiones muy diferentes. Me he ocupado de tres de ellas y presentaré un resumen de mis análisis porque ilustran tanto su persistencia y variedad como la funcionalidad de las descripciones en cuanto recurso para referirse a la inmersión del hombre en la corriente temporal.

Comenzaremos por la *Silva de varia lección* de Pero Mexía (1540), una de las obras que dedicó a recolectar anécdotas históricas, conocimientos enciclopédicos y curiosidades tanto de la antigüedad como de su época, más algunas reflexiones sobre temas variados. Entre dos capítulos tan disímiles como son el XVI de la cuarta parte, dedicado a “la diferencia entre mentir y decir mentira”, y el XVIII que narra una conjuración ocurrida en Florencia, el capítulo XVII se refiere a: “Como se pintaban antiguamente, y oy también los doze meses del año, y las significaciones, y misterios de las tales pinturas, y asimismo la del año”. Es un breve fragmento donde comenta las figuras de una representación plástica que solo describe una tarea agrícola por mes, limitándose a recordar la realización de cada una de éstas en determinada época (Carrizo Rueda, 2019: 533-534). La forma escogida ha sido adscripta al género de las “misceláneas”, aunque la denominación, todavía, no era utilizada. Respecto a este género, Mercedes Alcalá Galán (1997: 12) subraya el interés por la variedad y lo sorprendente, junto a la voluntad de divulgación. Resulta evidente que Mexía opta por una configuración del texto que responde a estos criterios, dado que se aleja de un ordenamiento conceptual mientras acumula curiosidades y explicaciones sencillas en una forma sin fin ni principios claros, evocada por el título “*silva*”. Sus referencias al ciclo estacional, incluidas dentro de dicha configuración del discurso, dan cuenta de que las concibe como uno más en un conjunto de conocimientos enciclopédicos, desprendiéndolas de aquel concierto cósmico que, según los relatos medievales, era un marco inexcusable al que, consecuentemente, no se dejaban de asociar.

El próximo texto nos conduce hasta América, a comienzos del siglo XVII. Se trata del calendario que aparece en la *Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno* de Felipe Huamán Poma de Ayala, el cronista mestizo que envió, alrededor de 1613, un memorial a Felipe III contra los

abusos del sistema colonial en Perú. La crónica registra, minuciosamente, la vida de la sociedad virreinal y el medio en el que se desarrollaba, aportando entre sus testimonios, un fragmento con las características de los meses (Carrizo Rueda 2005). La comparación con los calendarios medievales muestra la persistencia de un marco constituido por un mapa de las constelaciones zodiacales y referencias al cristianismo —aquí, mediante el santoral—. Y puede apreciarse que el fluir del tiempo continúa manifestándose corporizado a través de las experiencias de los ritmos estacionales, los trabajos propios de cada uno y sus consecuencias en la vida de todas las criaturas. Pero ya no se trata de una alegoría sino de la descripción de un sitio concreto y en condiciones determinadas: las tierras peruanas bajo el régimen virreinal (Carrizo Rueda 2005). De estos referentes derivan nuevas características de los meses, como qué enfermedades son propias de algunos o cuándo los caminos montañosos se vuelven intransitables, mientras la percepción de los ciclos temporales aparece relacionada con su potencial para incrementar la productividad y el comercio, los nortes de la Edad Moderna, en una naturaleza donde el antiguo simbolismo sagrado va cediendo el espacio a la practicidad. La idea que subyace de la historia es la de una concepción dinámica en la que los seres humanos pueden intervenir para cambiar su rumbo.

Entiendo que el tercer ejemplo resulta de sumo interés porque puede considerarse un caso de “enmascaramiento” (Carrizo Rueda 2019: 535). Se trata del *Calendario Republicano*, propuesto durante la Revolución francesa, utilizado entre 1792 y 1806. Era una adaptación al sistema decimal que eliminaba toda referencia o connotación religiosa. Y puede comprobarse que en el intento racionalista por acercarse a las vivencias más inmediatas y cotidianas del pueblo, lo “revolucionario” resultó casi una exaltación de los viejos motivos alegóricos. El inicio se fijó en el mes de la vendimia y los nombres de los meses aluden a otros trabajos del ciclo agrario o a las experiencias sensoriales del clima, como tantos discursos escritos o icónicos del pasado. Por ejemplo, *Vendimiario*, del 22 de septiembre al 21 de octubre, *Germinal* del 20 de marzo al 19 de abril, *Floreal* del 20 de abril al 20 de mayo o *Termidor* —del griego *thermos*, 'calor'— del 19 de julio al 17 de agosto.

Me referiré, a continuación, a aquellos ejemplos que, como he señalado al principio, considero significativos porque nos introducen en una línea de abordaje ahistórica. Retrocederemos al siglo XVI y al contexto de preocupaciones humanistas en el que desarrolló su obra Juan Luis Vives. En el *Arte de hablar* expone no solamente sus medulosas investigaciones sobre la retórica sino que lo hace desde su concepción del lenguaje como eje de su perspectiva antropológica y de su propuesta de renovación cultural. En este marco, estudia la alegoría como una descripción de actos exteriores que sirven de señal de los interiores

y, como lo hace habitualmente, abunda en ejemplos de los autores clásicos. Pero me ha interesado, en particular, que incluye, también, junto a ellos, las representaciones de los meses por los trabajos y las costumbres (Vives 1948: 777) . Es decir, que los antiguos motivos aparecen elevados a igual funcionalidad que las *auctoritas*. Se trata, por lo tanto, de una función mediadora, en cuanto instrumentos válidos para estudiar un tema de tanta importancia como revestía la retórica.

En el siglo XX, encontramos una postura que responde, también, a preocupaciones por el abordaje del discurso que hoy llamamos “literario”. Se trata de las teorías de la “poética del imaginario” y su perspectiva antropológica sobre las imágenes que subyacen a innumerables textos. Es así que asume un papel relevante, el estudio de las realizaciones discursivas emparentadas con la angustia por el devenir temporal y la consiguiente fugacidad de la vida. Nos interesa, particularmente, la propuesta que desarrolla Gilbert Durand, acerca de que la sucesión recurrente de las estaciones, con sus trabajos y sus rituales, supone la garantía de la pervivencia de las especies sobre la renovación de los individuos y opera como conjuro de la conciencia del ocaso individual (1981: 267-328).

Hemos revisado, desde una perspectiva histórica, cinco tipos muy diferentes de textos interesados en los ciclos estacionales, a través de distintos países y continentes, entre el siglo XIII y los umbrales del XIX, con propósitos tan dispares como representaciones cosmológicas, el saber enciclopédico, mejorar la calidad de vida y cambiar radicalmente un régimen político. En todos, se destaca una constante capacidad de adaptación a muy diversos contextos. Asimismo, hemos visto autores que han propuesto esas representaciones del fluir temporal, como modelos formales, independientes de coordenadas espacio-temporales, idóneos para el abordaje de análisis textuales. Pero en todos los casos, persisten las referencias a experiencias vitales de la interacción hombre/naturaleza. La lingüística autónoma y la semántica estructural no podían ir muy lejos en sus interpretaciones por considerar a los hablantes doblemente condicionados: por estructuras mentales previas a todo conocimiento y por superestructuras sociales. Pero la semántica cognitiva, al postular la interconexión de los sesgos biológicos y cognitivos de los sujetos, proporciona recursos metodológicos que permiten abordajes como el que nos ocupa. En este caso, los estudios sobre el “ciclo”, dentro de los “esquemas de imagen”, llevan a un primer plano la perspectiva histórica, complementada por la ahistórica, de un patrón que persiste sin dejar de mutar, a través de siglos y culturas, para representar el transcurso del año mediante experiencias físicas, sociales y anímicas de los sujetos hablantes.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALCALÁ GALÁN, Mercedes, (1997): “Las misceláneas españolas del siglo XVI y su entorno cultural”, en *DICENDA, Cuadernos de filología hispánica*, 14, pp.11-20.
- CARRIZO RUEDA, Sofía M. (2001): “Una relectura de la tríada "tiempo-muerte-fiesta"”, en Leonardo Funes, José Luis Moure (eds), *El Libro de Buen Amor desde las teorías del imaginario poético, Studia in Honorem Germán Orduna*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, pp. 163-180.
- (2005): “Meses, hombres y naturaleza. La investigación de la herencia medieval en las crónicas americanas y la actual polémica sobre Huamán Poma”, en Carmen Parrilla y Mercedes Pampín, (eds.), *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Universidade da Coruña, Toxosoutos, t. II, pp. 79-88.
- (2018): “Propuestas acerca de un estudio comparatístico del espacio en relación con procesos de vigencia de motivos medievales”, en Gaetano Lalomia, Daniela Santonocito (eds.), *Literatura Medieval (Hispanica): Nuevos enfoques metodológicos y críticos*, San Millán de la Cogolla, Cilengua, pp. 155-165.
- (2019): “De la estrofa 657 del *Libro de Alexandre* a procesos de reformulación / reiteración del calendario alegórico medieval en siglos posteriores. La función de la experiencia en la construcción de los motivos de los meses”, en Isabella Tomasetti (coord.), *Avatares y perspectivas del medievalismo ibérico*, San Millán de la Cogolla, Cilengua, vol. I, pp. 527-538.
- CASTIÑEIRAS, Manuel A. (1996): *El calendario medieval hispano (Siglos XI-XIV)*, Salamanca, Junta de Castilla y León.
- DURAND, Gilbert (1981): *Las estructuras antropológicas del imaginario*, Madrid, Taurus.
- JOHNSON, Mark (1987): *The body in the mind*, Chicago, Chicago University Press.
- LAKOFF, George (1987): *Women, Fire and Dangerous Things*, Chicago, Chicago University Press.
- LECOY, Félix (1974): *Recherches sur le Libro de Buen Amor de Juan Ruiz, Archiprêtre de Hita*, 2a. ed., con suplemento por A. D. Deyermond, Farnborough, Gregg International.
- PEÑA CERVEL, Sandra (2012): “Los esquemas de imagen”, en Iraide Ibarretxe-Antuñano y Javier Valenzuela (eds.), *Lingüística Cognitiva*, Barcelona, Anthropos.
- VALENZUELA, Javier (2012): “La semántica cognitiva”, en Iraide Ibarretxe-Antuñano y Javier Valenzuela (eds.), *Lingüística Cognitiva*, Barcelona, Anthropos.
- VIVES, Juan Luis (1948): *El Arte de hablar*, en Lorenzo Riber (ed.), *Obras completas*, Madrid, Aguilar.
- ZUMTHOR, Paul (1989): *La letra y la voz. De la "literatura" medieval*, Madrid, Cátedra.